

IRIARTE, TOMÁS DE (1750- 1791)

SONETOS

I

Fresca arboleda del jardín sombrío

II

Tres potencias bien empleadas en un caballerito de estos tiempos

III

Cumple el autor la palabra que dio de escribir un soneto a los ojos de Laura

IV

A ti me quejo, Apolo justiciero

V

Situación crítica de un poeta

VI

Responde el autor a un amigo, que le instaba a que publicase algunas poesías compuestas en su juventud

VII

Viose un guerrero en lides y ruinas

VIII

Reconciliación después de unos celos y un desmayo

IX

Metióse Amor a boticario un día

X

Al ver yo mil poetas zalameros

XI

No hay gusto cumplido

XII

La independencia

XIII

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes de su fallecimiento

SONETOS

I

Fresca arboleda del jardín sombrío

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,
clara fuente, sonorasavecillas,
verde prado, que esmaltas las orillas
del celebrado y anchuroso río!

¡Grata aurora, que viertes el rocío
por entre nubes rojas y amarillas,
bello horizonte de lejanas villas,
aura blanda, que templas el estío!

¡Oh soledad!, quien puede te posea;
que yo gozara en tu apacible seno
el placer que otros ánimos recrea,

si tu silencio y tu retiro ameno
más viva no ofrecieran a mi idea
la imagen de la ingrata por quien peno.

II

Tres potencias bien empleadas en un caballero de estos tiempos

Levántome a las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan a afeitarse.
Traigan el chocolate, y a peinar.
Un libro... Ya leí Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy..
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...

¿Han puesto la berlina? Pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo, y a correr...

Ya doña Eulalia esperará por mí...
Dio la una. A cenar, y a recoger...
¿Y es éste un racional? -Dicen que sí.

III

Cumple el autor la palabra que dio de escribir un soneto a los ojos de Laura

¿Un soneto a tus ojos, Laura mía?
¿No hay más que hacer sonetos, y a tus ojos?
-Serán los versos duros, serán flojos;
pero a Laura mi afecto los envía.

¿Conque ha de ser soneto? ¡Hay tal porfía!
-¡Tal! que por estos súbitos arrojos
se ven tantos poetas en sonrojos,
que lo quiero dejar para otro día.

-Respondes, Laura, que no importa un pito
que no sea el soneto muy discreto,
como hable de tus ojos infinito.

-¿Sí? -Pues luego escribirle te prometo.
Allá voy... ¿Para qué, si ya está escrito,
Laura mía, a tus ojos el soneto?

IV

A ti me quejo, Apolo justiciero

A ti me quejo, Apolo justiciero,
de que nunca en mis versos fui dichoso.
Si sátiras escribo me hago odioso,
y si elogios, me llaman lisonjero.

Soy, si escribo de burlas, chocarrero;

si por lo serio canto, soy un soso;
si al lauro teatral aspiro ansioso,
es mi censor cualquiera majadero.

Llevando yo al Parnaso esta querella,
respondió Apolo: «Al que profesa mi arte
persigue siempre esa infeliz estrella;

Pero el mejor remedio quiero darte:
Canta las gracias de tu Orminta bella;
tendrás a todo el mundo de tu parte.»

V

Situación crítica de un poeta

Ofréceme, tal vez, la fantasía
un concepto feliz para un soneto.
Entre escribir o no, discurro inquieto;
siento en mí, ya valor, ya cobardía.

Resuélvome a empezar; mas no querría
que me engañase un ímpetu indiscreto;
y teniendo a los críticos respeto,
ya se acalora el numen, ya se enfría.

Batallo en mi interior, dudo y vacilo;
me hace cosquillas, súfrolas un rato;
escribo un poco, párome y cavilo.

¡Qué tentación! En vano la combato.
Y al fin, ¿qué haré?-Para quedar tranquilo,
componer el soneto es más barato.

VI

*Responde el autor a un amigo, que le instaba a que publicase algunas poesías
compuestas en su juventud*

Aunque es verdad que he escrito algunos miles
de versos, si no buenos, tales cuales,
líricos, amorosos, pastoriles,

satíricos, dramáticos, morales;

¿Qué han pecado mis coplas juveniles,
para que con trompetas y atabales,
con pregonero y sendos alguaciles
salgan por esas calles y portales?

No, Fabio; las sepulta una gaveta,
donde el sol no las ve, ni yo tampoco;
ni han de estamparme en pública tarjeta,

pues temo al vulgo como niño al coco.
Déjame con mi vena de poeta,
y no quieras que tenga la de loco.

VII

Viose un guerrero en lides y ruinas

Viose un guerrero en lides y ruinas,
páganle en fama, voz que lleva el viento.
Desvelóse un autor, y está contento
sólo con ver su nombre en las esquinas.

Cede un indiano el fruto de las minas
por que le den de conde el tratamiento.
Surca un viajero el pérfido elemento
para decir: «Estuve en Filipinas.»

Sacrifica en palacio un cortesano
su salud, libertad, descanso y rentas,
sólo porque le mire el soberano.

Así yo sufro amor, celos, afrentas;
sirvo, pretendo, y tú, dueño tirano,
con sola una mirada me contentas.

VIII

Reconciliación después de unos celos y un desmayo

Acordarme no quiero, Orminta amada,

del desmayo en que apenas pude verte
cuando estaba la imagen de la muerte
en tu bello semblante retratada.

Olvido la sospecha mal fundada
que contra mí forjó la adversa suerte,
y el cargo por si débil, pero fuerte,
cuando tierna le hacías, cuando airada.

Sólo me acuerdo, sí, de aquel abrazo
en que tu gracia vi restituida,
y vi alargada a mi esperanza el plazo.

No quede cicatriz de tal herida;
reine la paz; y en tan estrecho lazo,
hallen muerte los celos, y yo vida.

IX

Metióse Amor a boticario un día

Metióse Amor a boticario un día,
bella Orminta, y compuso una receta
para curar a un mísero poeta
que herido de sus flechas padecía.

Mezcló la leche, el néctar, la ambrosía,
la azucena, la rosa y la violeta;
el metal rubio del primer planeta,
el coral y las perlas que el mar cría.

Pero salió el remedio tan ardiente
como la misma fragua de Vulcano;
erró el traidor la dosis ciertamente;

sobre todo de sal cargó la mano;
enconóse la herida de repente,
y no espero en mi vida verme sano.

X

Al ver yo mil poetas zalameros

Al ver yo mil poetas zalameros
que a sus damas llamaban serafines,
claveles, azucenas y jazmines,
diamantes, perlas, soles y luceros

al ver cómo sus versos lisonjeros
de nácares llenaban y carmines,
los llamaba salvajes y rocines,
los trataba de locos y embusteros.

Hoy Cupido esta burla vengar quiere
mandando que de Orminta me apasione,
y con las armas que yo herí me hiere.

Que hable yo igual idioma ya dispone;
mas si hay quien mi flaqueza vitupere,
Amor, haz que de Orminta se aficione.

XI

No hay gusto cumplido

Ni siquiera un renglón ayer he escrito,
que es para mí fortuna nunca vista;
hice por la mañana la conquista
de una graciosa ninfa a quien visito.

Entre amigos comí con apetito;
fui luego en un concierto violinista,
y me aplaudieron como buen versista
en cierto conciliábulo erudito.

Divertíme en un baile, volví en coche,
y el día se pasó como un instante.
¡Qué diversión tan varia, tan completa!

¡Qué vida tan feliz!... Pero esta noche
me quitó el sueño... ¿Quién? Un consonante.
¡Oh desgraciada vida de un poeta!

XII

La independencia

Del oro, como muchos, no dependo,
Fabio, pues ni le guardo ni codicio;
ni dependo jamás del vulgar juicio,
pues dar a luz mis obras no pretendo.

Del sexo mujeril casi no pendo,
pues amo por placer, no por oficio;
y aun menos de la corte y su bullicio,
pues de fingir y de adular no entiendo.

Solamente dependo de la muerte,
ya que discurso no hay ni diligencia
que de su despotismo nos liberte.

Mas la espero sin miedo y con paciencia,
vivo sin desealarla; y de esta suerte,
amigo, se acabó la dependencia.

XIII

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes de su fallecimiento

Lamiendo reconoce el beneficio
el can más fiero al hombre que le halaga.
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
o tarde, o mal, o nunca el buen servicio.

La envidia, la calumnia, el artificio,
cuya influencia vil todo lo estraga,
con más rabiosos dientes abren llaga
en quien abraza el literario oficio.

Así la fuerza corporal padece,
falta paciencia, el ánimo decae;
poca es la gloria, mucha la molestia.

El libro vive, y el autor perece.
Y ¿amar la ciencia tal provecho trae?...
Pues doy gusto a Forner, y hágame bestia.

